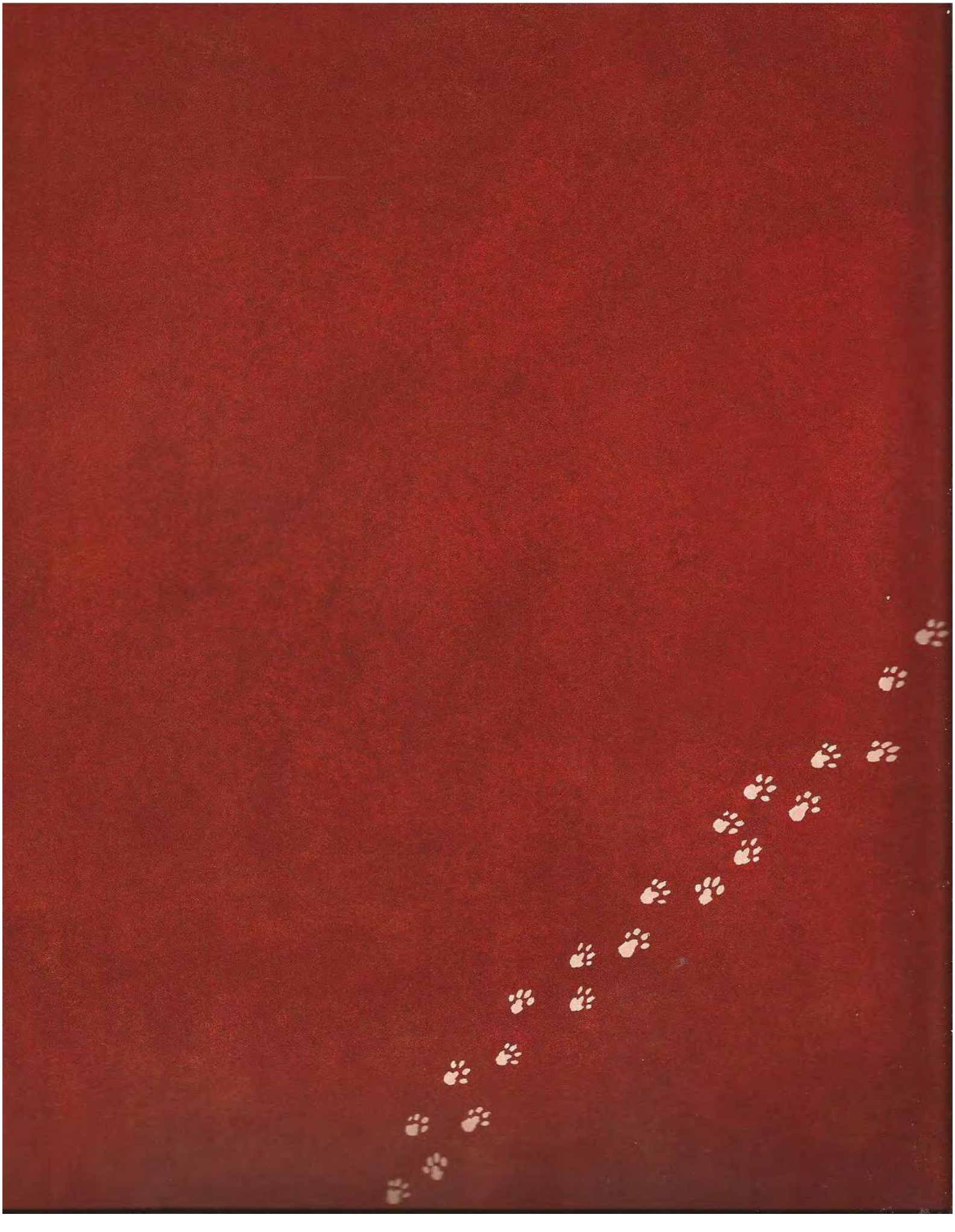
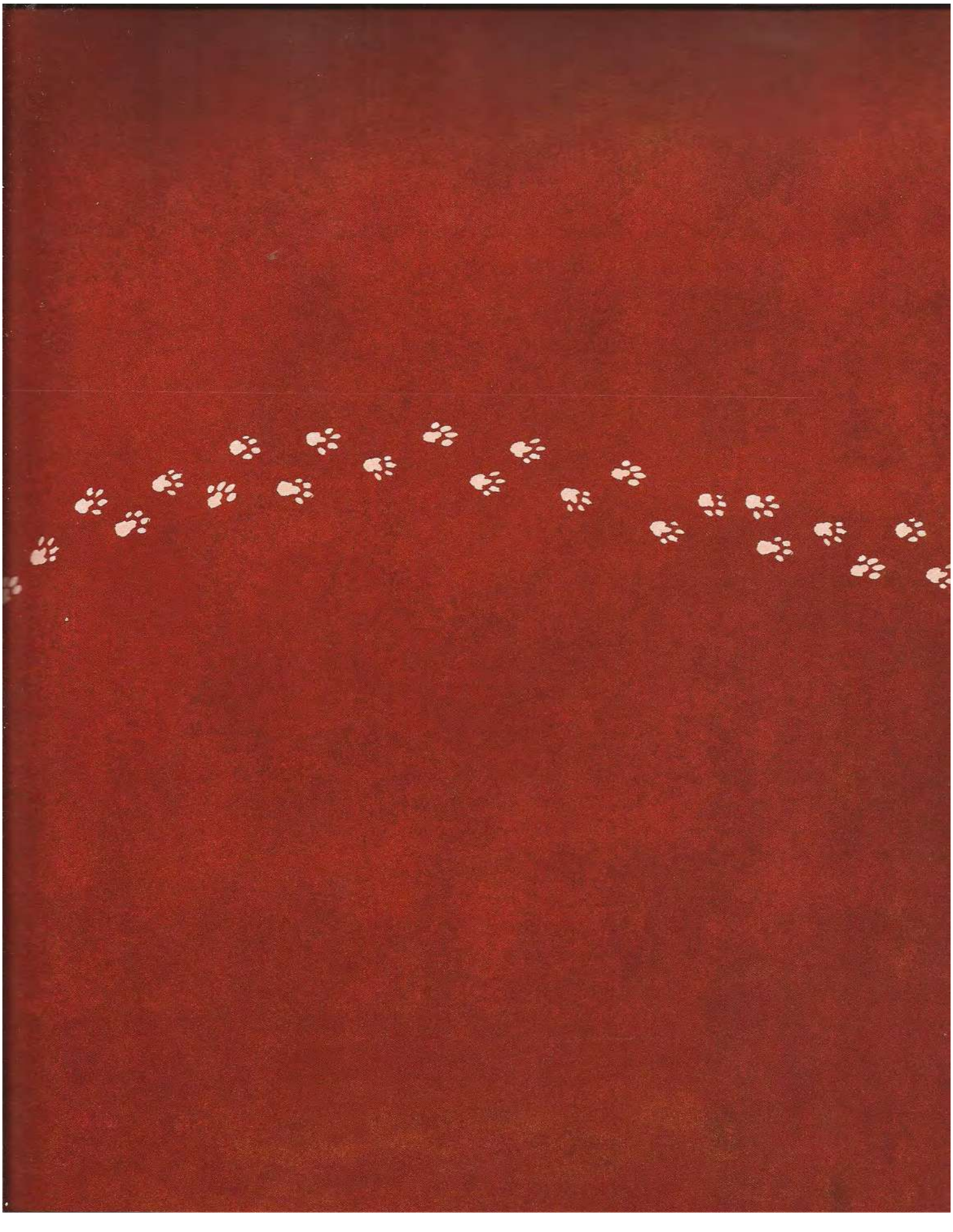
La pequeña
bruja
Benjamin Lacombe
Sébastien Perez
EDELVIVES





A Daniela Cytryn, mi bruja brasileña.

A Alain Janolle y a Léa, su pelirroja.

A Agata Kawa, la ilustradora del pelo rojo.

B. L.

A mi abuela.

S. P.

Tercera edición: septiembre 2010

Traducción: Elena Gallo Krahe

Edición: Celia Turrión
Título original obra completa: *Généalogie d'une Sorcière*
Título original tomo I: *La Petite Sorcière*
© Éditions du Seuil, 2008
© De esta edición: Editorial Luis Vives, 2009
Carretera de Madrid, km 315,700
50012 Zaragoza
Teléfono: 913 344 883
www.edelvives.es

ISBN obra completa: 978-84-263-7247-5
Tomo I

Depósito legal: Z-2813-2010

Talleres Gráficos Edelvives (50012 Zaragoza)
Certificados ISO 9001

Impreso en España

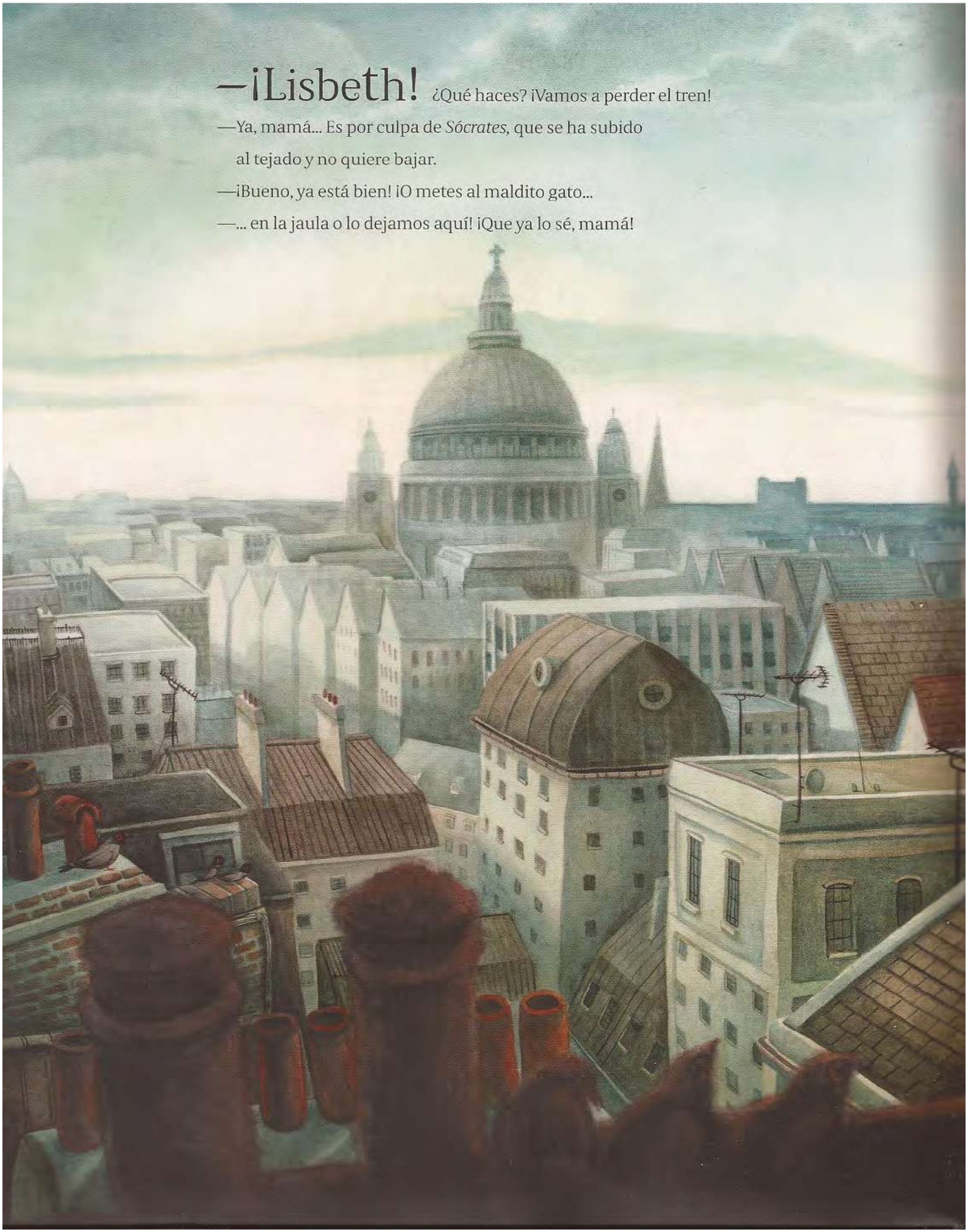
Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Benjamin Lacombe
Texto e ilustraciones

Sébastien Perez
Texto

La pequeña bruja

EDELVIVES



—¡Lisbeth! ¿Qué haces? ¡Vamos a perder el tren!

—Ya, mamá... Es por culpa de *Sócrates*, que se ha subido al tejado y no quiere bajar.

—¡Bueno, ya está bien! ¡O metes al maldito gato...

—... en la jaula o lo dejamos aquí! ¡Que ya lo sé, mamá!

—¡Eres más terco que una mula! —murmura Lisbeth—. Métete ahí; ya te subirás a mis rodillas en cuanto nos quedemos solos.

Sócrates acaba obedeciendo, y toda la familia sale de estampida hacia la estación. Una vez allí, con el tren en marcha, Lisbeth y su gato apenas tienen tiempo de subir al vagón.

Todos los inviernos, Lisbeth pasa la Navidad en casa de su abuela Olga, pero siempre va sola, ya que sus padres son gente IMPORTANTE. Son dueños de los almacenes más grandes de la ciudad, y por eso no tienen tiempo para divertirse ni para cuidar a Lisbeth, ¡y mucho menos en Navidad!

Así pues, Lisbeth está acostumbrada a viajar sola en tren. En el trayecto contempla cómo se va vistiendo de blanco el paisaje. *Sócrates,* sobre sus rodillas, ronronea adormecido. Le tiemblan un poco las patitas.
—Que tengas dulces sueños —le susurra.
Lisbeth se alegra de volver a ver a su abuela. Es la única persona de la familia que la entiende y que no la regaña todo el tiempo por sus pequeñas manías. Porque Lisbeth tiene la manía de acabar siempre las frases de los demás... antes de que las hayan terminado de pronunciar. Su profesor la castiga constantemente, sus compañeras del colegio ya no le dirigen la palabra y a sus padres los saca de quicio. Su abuela, en cambio, piensa que es un don.

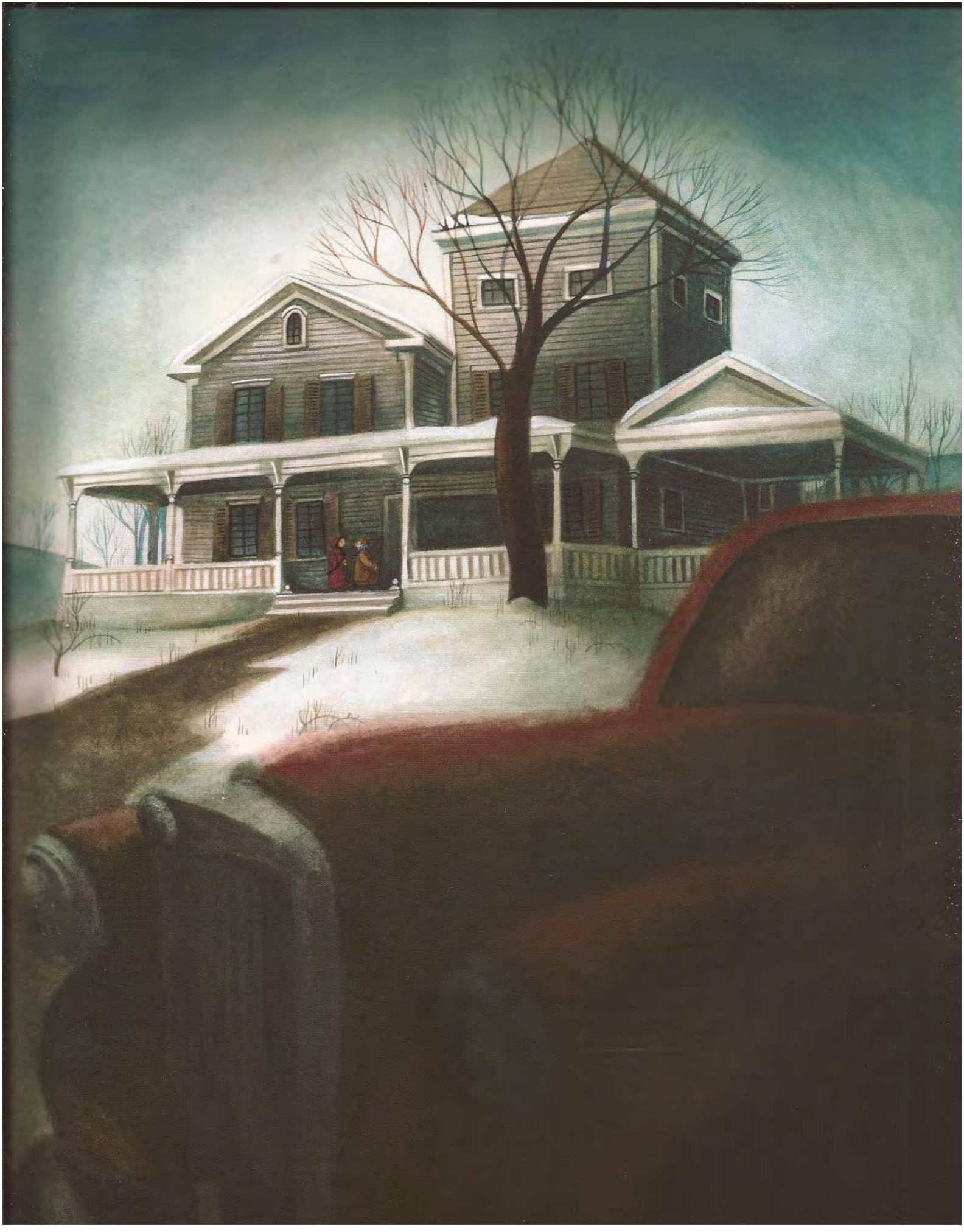
El tren llega a su destino. Una señora muy elegante, vestida de blanco, ha venido a recibirla; parece un camaleón sobre aquel andén cubierto de nieve. Lisbeth se lanza a sus brazos.

—Mi niña, estoy tan...

—... contenta de verme. Yo también, abuela. ¡Cuánto te he echado de menos!

Llegan a la gran mansión de estilo victoriano. Cuando apenas han soltado el equipaje, suena el timbre de la puerta. ¡Es Edward, el vecino!

Ha escuchado el chirriar del coche sobre el suelo helado. A él, en cambio, le vienen muy bien las manías de Lisbeth, porque le cuesta mucho acabar las frases; digamos que este pequeño tartamudo bebe los vientos por Lisbeth, y ella hace como que no se entera.



Le brillan los ojos cuando ve a Lisbeth.

—¿Sabes?, desde la última vez que nos vimos he aumentado la colección de hierbas. Sólo falta el eléboro, pero estoy segura de que este año lo vamos a encontrar.

—Lisbeth, me he acord... acord... acord...

—... acordado mucho de mí. Eres un encanto, Edward.

—Y seguro que lo encontramos, te voy a ayu... ayu... ayu...

—... ayudar a encontrar el eléboro. Vamos a ver el libro de botánica del desván.

Una vida entera no bastaría para leer todos los libros que hay allí amontonados. Menos mal que Lisbeth sabe exactamente dónde buscar el que le interesa. Intenta extraerlo del tambaleante montón, pero a sus manos cae otro libro muy distinto. Un tomo extraño y polvoriento, de aspecto milenario.

—¿Qué... Qué...

—... qué es? Ni idea. No lo había visto nunca.

Cuando Lisbeth empieza a pasar las hojas de aquel tomo, la abuela Olga asoma la cabeza como una furia.

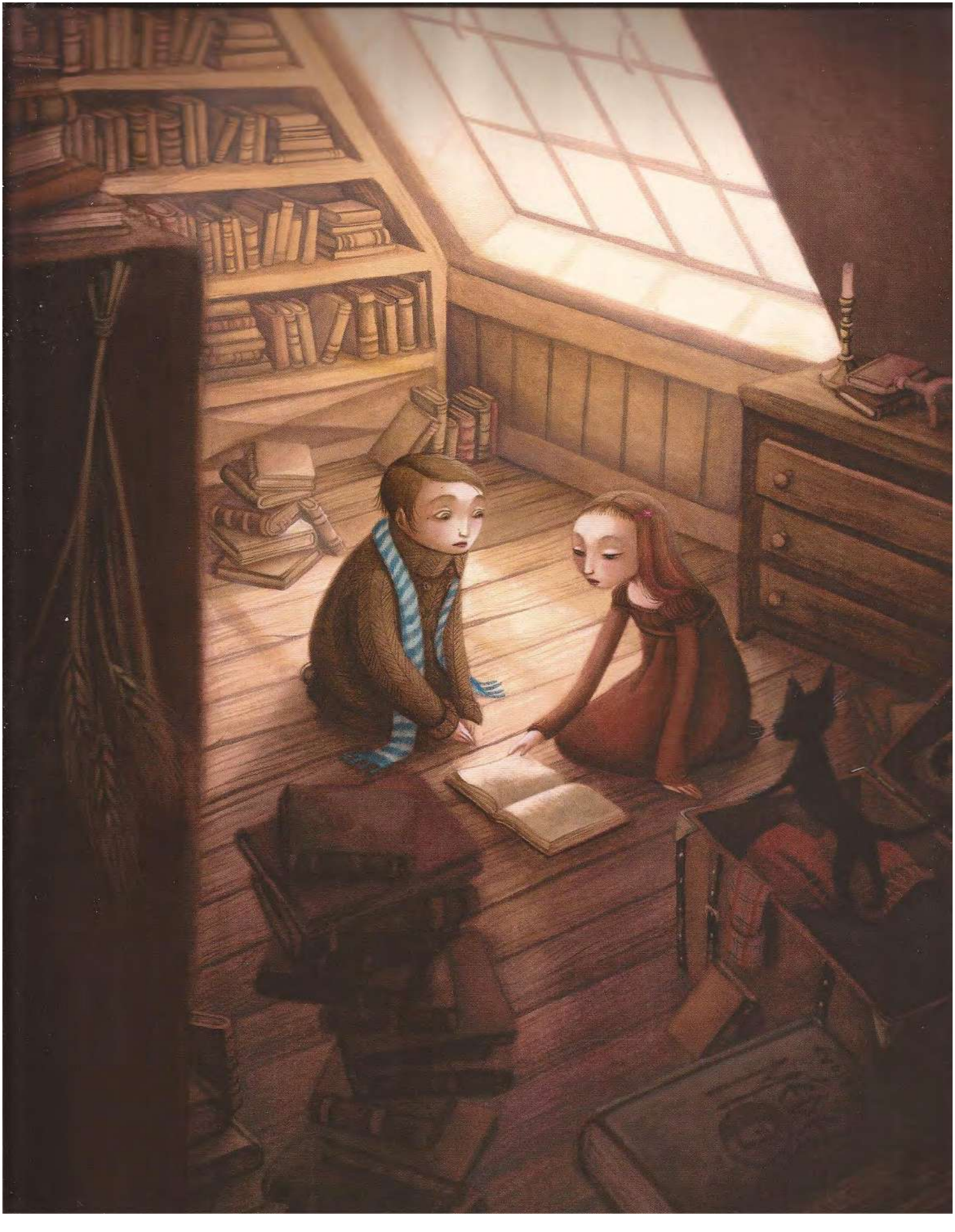
—¿Qué estáis haciendo aquí, niños? ¿Estáis husmeando en mis cosas? ¡Dadme ese libro inmediatamente!

—Pero, abuela, no hemos hecho nada...

—Venga, ya es muy tarde —le corta la abuela Olga—. Es hora de que vuelvas a casa, Edward.

—Pero abuela...

—¡No hay pero que valga!



Lisbeth corre a su habitación y, furiosa, da un fuerte portazo. Se queda un buen rato sentada en la cama pensando, con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en las rodillas.
¿Por qué se habrá puesto la abuela Olga tan furiosa de repente? Siempre la ha dejado jugar en el desván. ¿Qué misterioso secreto contendrá ese libro tan polvoriento?

De pronto, el timbre del teléfono la saca de sus pensamientos. La abuela Olga abre la puerta de la habitación, sin llamar antes.
—Lisbeth, cariño, Edward no ha...
—... vuelto a casa.

Olga y Lisbeth se dirigen inmediatamente a la plaza del pueblo, donde ya se ha reunido un enorme gentío, que oscurece con sus pisadas el suelo nevado. Tras el discurso del padre de Edward, se organiza la búsqueda. Enseguida el nombre de Edward resuena entre las ramas como un eco. Durante largas horas, y a pesar de la tormenta, los habitantes rastrean todas las parcelas, miran detrás de cada árbol, de cada piedra y de cada arbusto.

Al caer la tarde, la búsqueda debe interrumpirse. Edward sigue desaparecido. Sus padres están hundidos. En medio de un silencio mortal, vuelven todos a sus casas. En el camino de vuelta, Lisbeth rompe a llorar en brazos de su abuela.

—Ahora tienes que irte a la cama, Lisbeth. Tranquila... Mañana encontraremos a Edward, te lo prometo.

Sócrates, que la espera tumbado sobre la cama, se acurruca al lado de Lisbeth. Su ronroneo no la ayuda a conciliar el sueño.
Pasan las horas y Lisbeth no logra dormirse.
«Tal vez la abuela Olga también esté despierta...».
De puntillas, Lisbeth se dirige a la habitación de su abuela.

Con la puerta entreabierta, ve que su abuela duerme a pierna suelta.
En la mesilla de noche, al lado de la dentadura postiza, Lisbeth
ve el viejo volumen del desván: la causa de todos los problemas.
Lisbeth siente una irresistible atracción por ese libro. Lo desliza
hacia ella con mucho cuidado y sale sigilosamente de la habitación.

Una vez en su cuarto, Lisbeth se instala cómodamente para consultar el misterioso libro. Al pasar las páginas descubre, con gran sorpresa, un montón de retratos de mujeres, la mayoría de ellas pelirrojas. Lisbeth presiente su fuerza con sólo mirarlas. Al empezar a leer el texto, comprende que tiene ante sí una genealogía, pero no una genealogía cualquiera, sino ¡una genealogía de brujas!

Cada una de esas mujeres tuvo una vida fuera de lo común; por ejemplo, en la página 10 descubre el destino de Lilith, la fundadora de la estirpe, que desafió al mismo Dios. ¡Al parecer, ella provocó que Adán fuera expulsado del paraíso!
En la página 38 aparece Lisa; Lisbeth se da cuenta de que su cara le recuerda a alguien. Su único deseo era que la admiraran, hasta tal punto que tomó posesión del cuadro de un famoso pintor.
Más adelante, en la página 48, Leonora, que, aunque no era muy guapa y nació más pobre que Job, llegó a reinar en Francia gracias a sus dotes mágicas y llegó a ser más rica que un marajá.

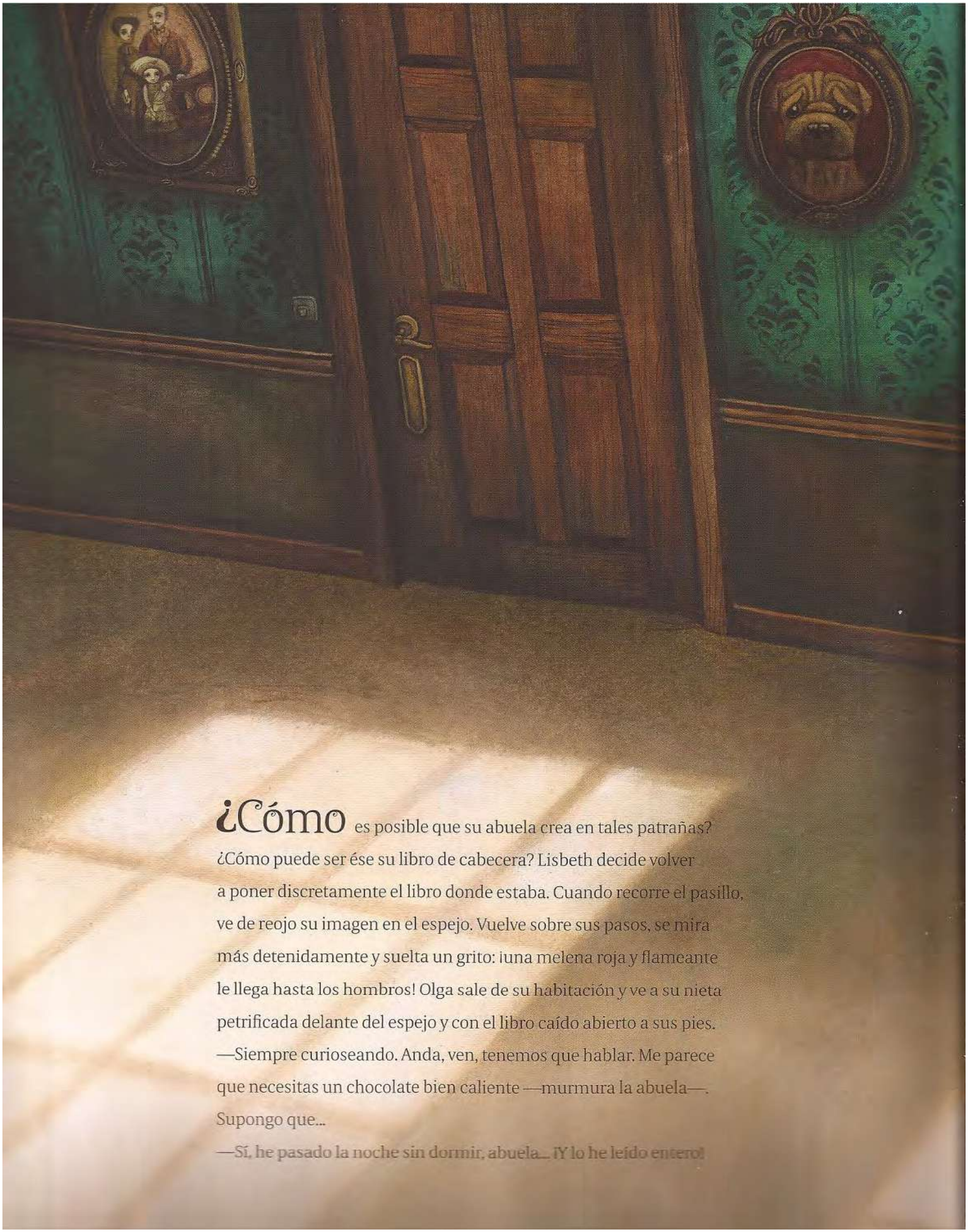
Lisbeth lee, una tras otra, las vidas de esas mujeres extraordinarias. Perseguidas, quemadas en la hoguera, asesinadas... En definitiva, todas tuvieron un final más bien trágico. Pero con el tiempo se fueron reconociendo sus valores. Algunas incluso fueron famosas, como Juana, en la página 34, que ganó batallas y llegó a ser santa.
Al llegar a la página 62..., estupor total: Lisbeth conoce perfectamente ese retrato. Es el que está colgado sobre la chimenea de la biblioteca: ¡el de la abuela Olga cuando era joven!

Lisbeth no da crédito a lo que ve: el libro dice que Olga es una bruja ¡y que una vez congeló sin querer un barco enterito!

—¡Venga ya! —murmura para sí Lisbeth.

Pero en la página siguiente llega el apoteosis:

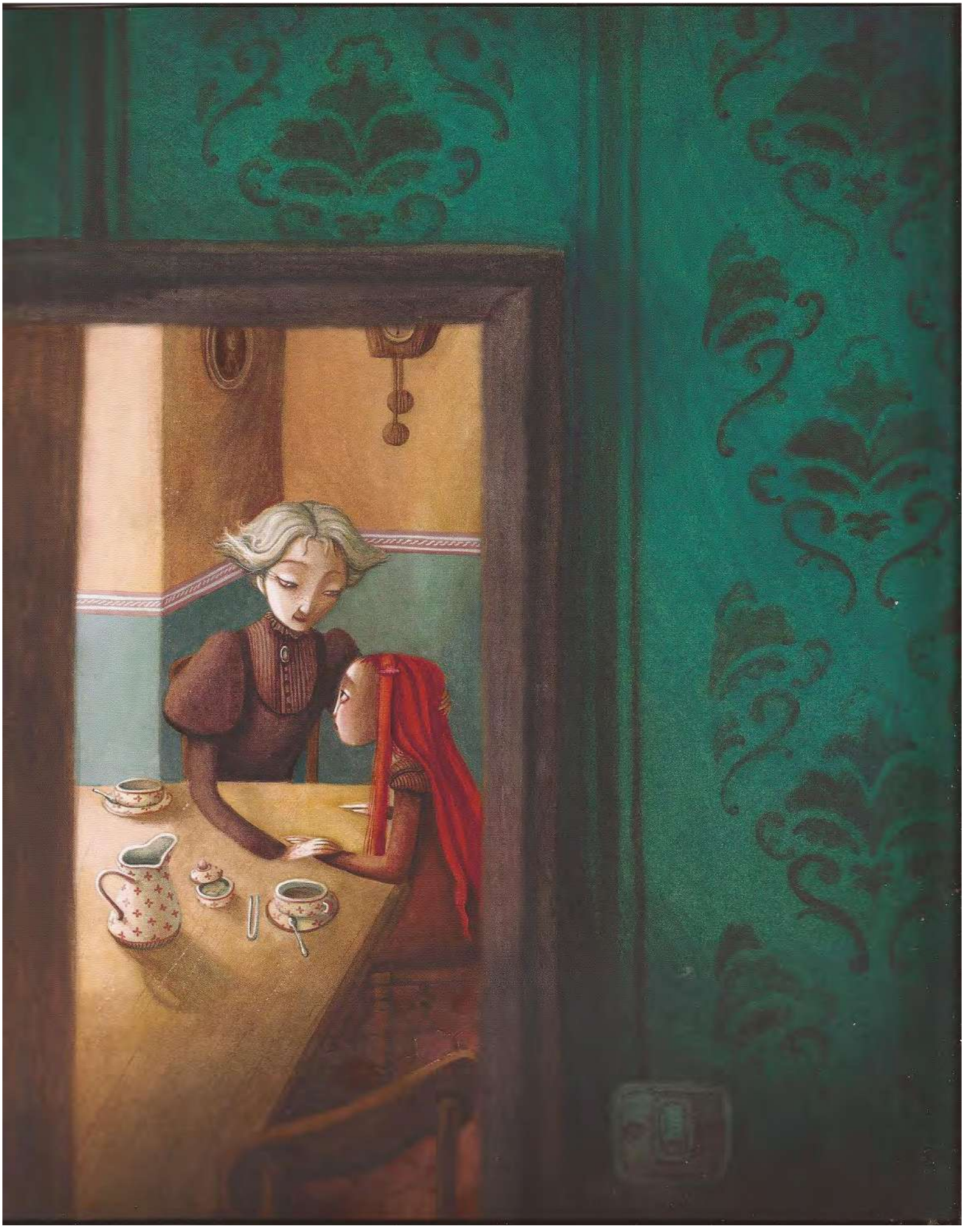
—¿Qué broma es ésta? —exclama al descubrir su propio retrato en medio de una nube de cuervos y sosteniendo a *Sócrates* en los brazos—. Es ridículo, y además ¡no soy pelirroja! —dice Lisbeth cerrando con rabia el libro mágico.



¿Cómo es posible que su abuela crea en tales patrañas? ¿Cómo puede ser ése su libro de cabecera? Lisbeth decide volver a poner discretamente el libro donde estaba. Cuando recorre el pasillo, ve de reojo su imagen en el espejo. Vuelve sobre sus pasos, se mira más detenidamente y suelta un grito: ¡una melena roja y flameante le llega hasta los hombros! Olga sale de su habitación y ve a su nieta petrificada delante del espejo y con el libro caído abierto a sus pies.

—Siempre curioseando. Anda, ven, tenemos que hablar. Me parece que necesitas un chocolate bien caliente —murmura la abuela—. Supongo que...

—Sí, he pasado la noche sin dormir, abuela... ¡Y lo he leído entero!



Las palabras salen de la boca de la abuela mientras vierte la leche sobre el chocolate fundido. Le va contando a Lisbeth cosas sobre su extraordinaria estirpe y sobre las vidas de esas mujeres que fueron perseguidas por ser demasiado ambiciosas, demasiado inteligentes, demasiado hermosas o... demasiado pelirrojas. En realidad, fueron perseguidas por ser diferentes.

—¡Las cabezas que destacan sobre las demás hay que cortarlas!

Pero tienes que estar orgullosa de lo que eres. Eres una persona maravillosa, querida Lisbeth.

Lisbeth y su abuela comparten ahora un valioso secreto. Las brujas tienen que ser discretas acerca de su verdadera naturaleza y deben practicar sus habilidades a escondidas.

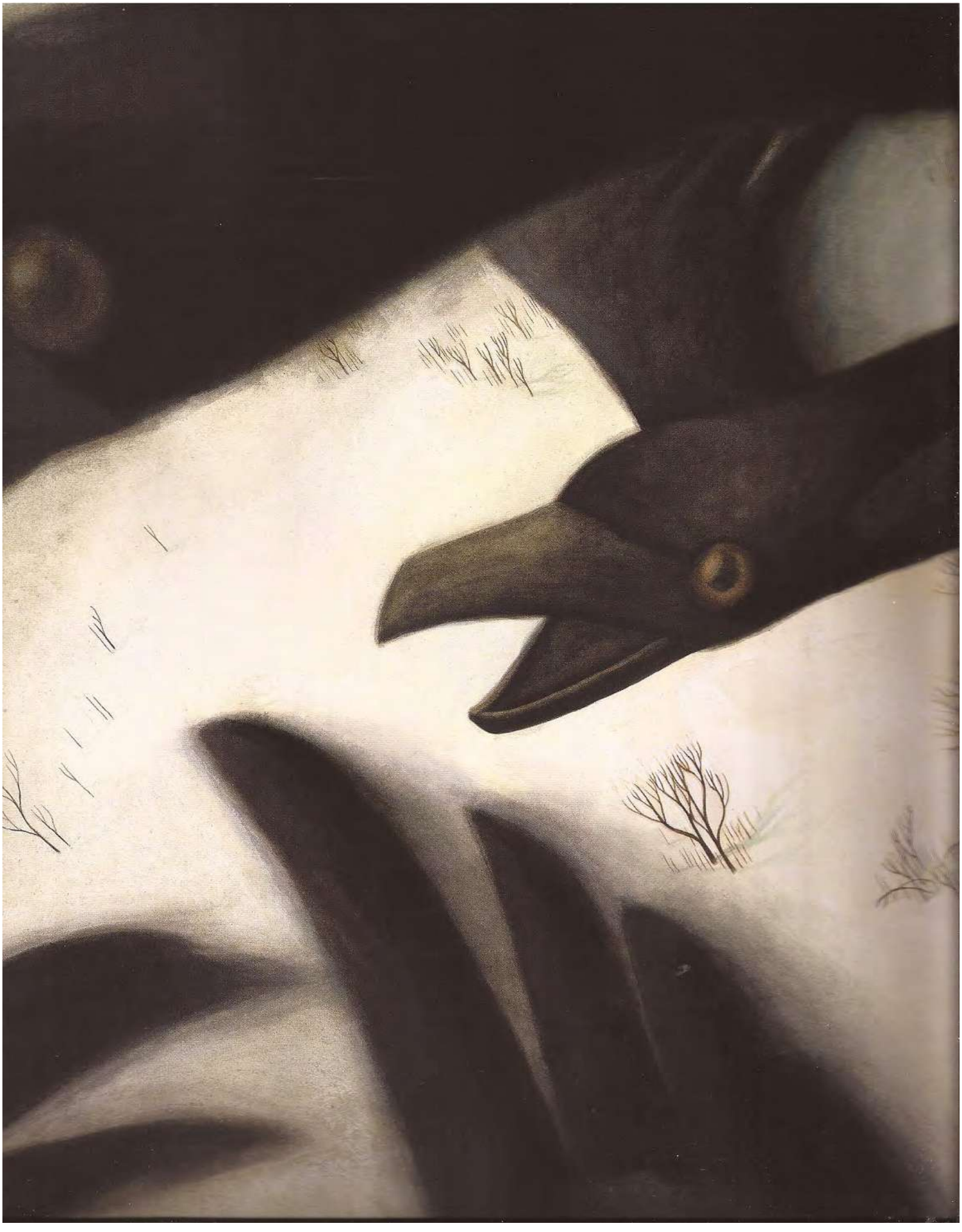
Cuando termina de beberse el chocolate, Lisbeth ve la imagen de Edward reflejada en el fondo de la taza.

—¡Es Edward! Lo estoy viendo: está en la Garganta del Ahorcado.

¡Hay que avisar a sus padres!

—¡Lisbeth!

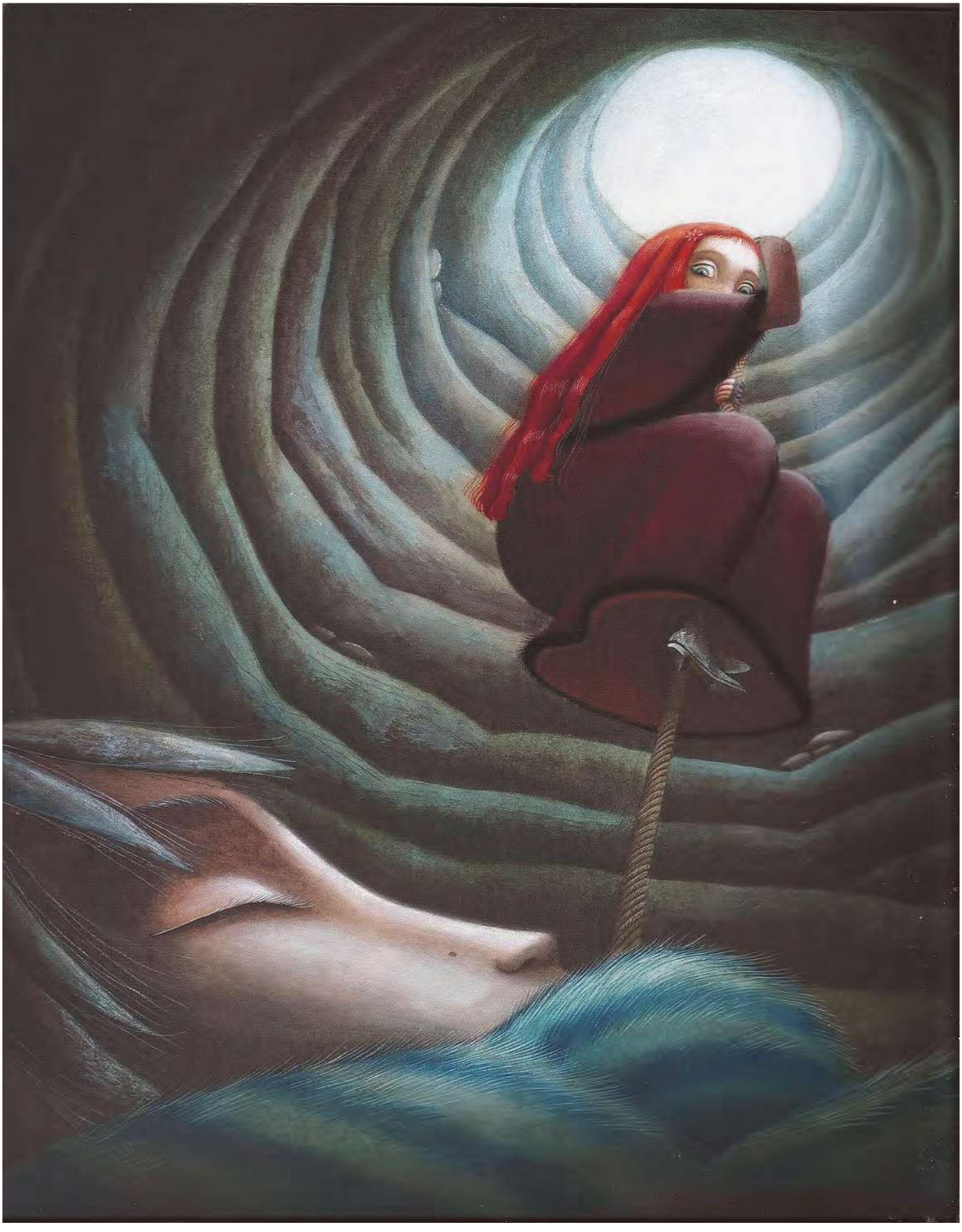
—Ah, sí. El secreto. Vamos a su encuentro las dos, y diremos que lo hemos encontrado mientras lo buscábamos por el bosque.



Las gargantas son lúgubres y se asemejan a un enorme lirio blanco. Sólo se perfilan en el paisaje algunos árboles muertos que sirven de percha a los pájaros de mal agüero. Lisbeth se acerca a los cuervos con la mano extendida. Uno de ellos se posa en su puño y ella le susurra:

—Guíame hasta Edward.

La negra nube sale volando y dibuja un círculo sobre un hueco. Lisbeth y Olga se acercan corriendo. Encuentran una diminuta entrada por la que sólo cabe la niña, que se cuela por ella para reunirse con su amigo.



En el fondo de un agujero, Lisbeth ve por fin a Edward, que tiene el cuerpo cubierto de nieve casi por completo. Tiene el pelo helado y está acurrucado, inmóvil.

—Edward, ¿estás bien? —grita Lisbeth al entrar en la cueva.

Lisbeth llega hasta él, pero Edward sigue sin dar señales de vida.

—Edward, Edward, ¿me oyes?

Lisbeth roza con su mano los cabellos de Edward.

—Li... Li... Li...

—Sí, estoy aquí, ¿estás bien?

—Tengo... Tengo... Tengo... frío...

—Ven a calentarte con mi cuerpo. Pero ¿qué diablos hacías aquí?

Edward abre la mano helada y se saca un eléboro del bolsillo, que brilla envuelto en miles de cristales de hielo.

—Es para t... t... t...

—¡No me lo puedo creer! ¿Era por esto?

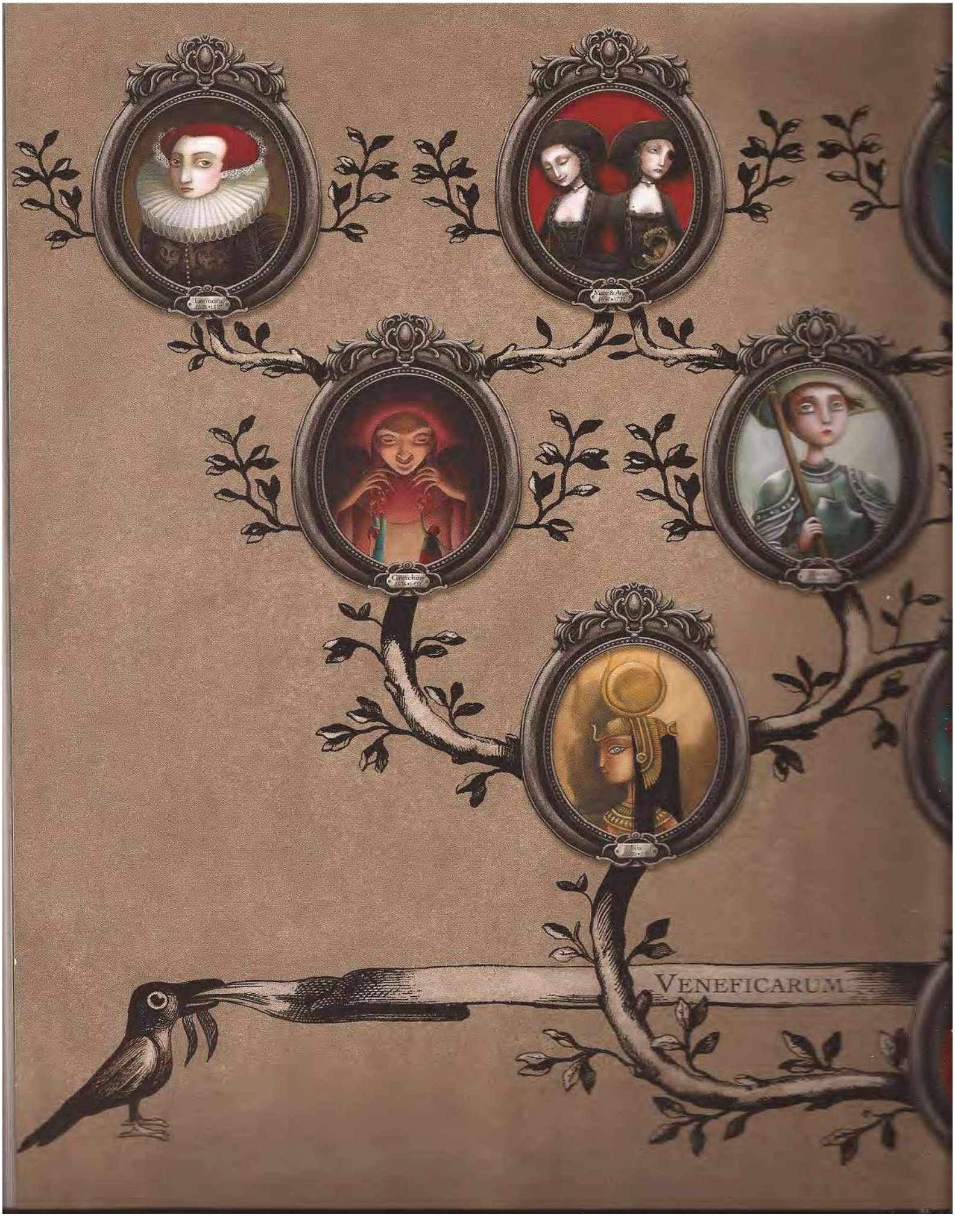
—¿Cómo me has en... en... en...

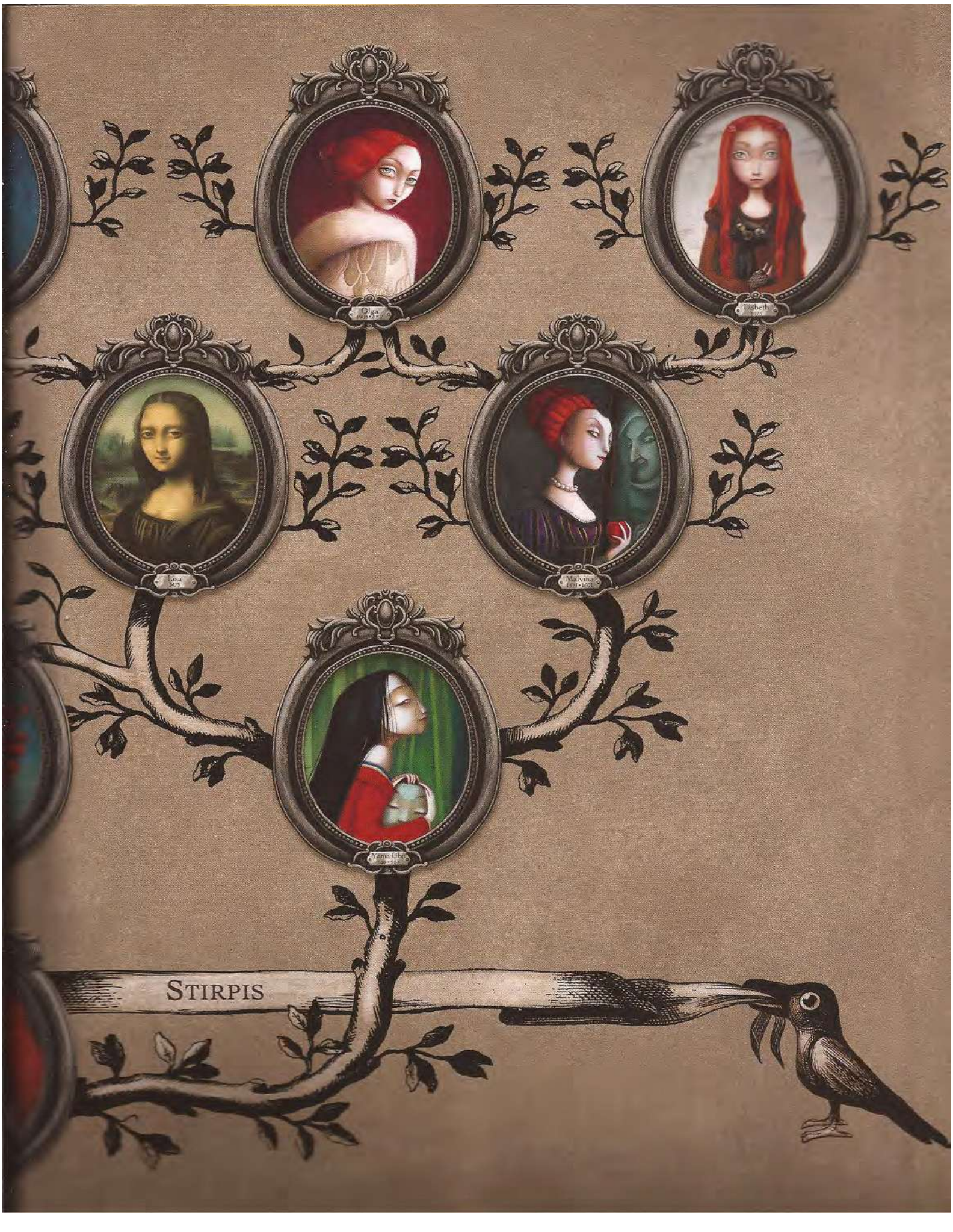
—... encontrado? ¡Intuición femenina!

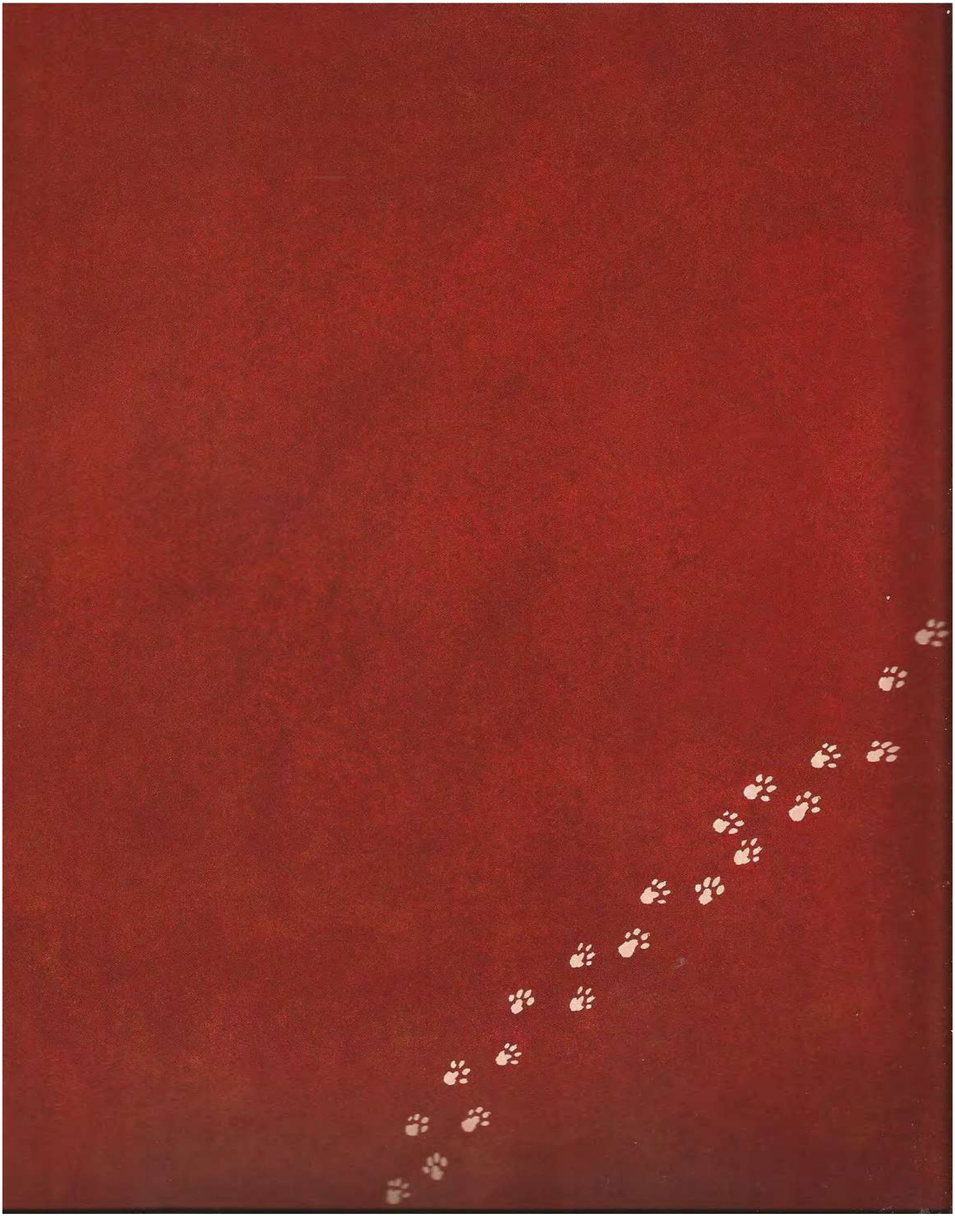
—¿Sabes que te... te... te...

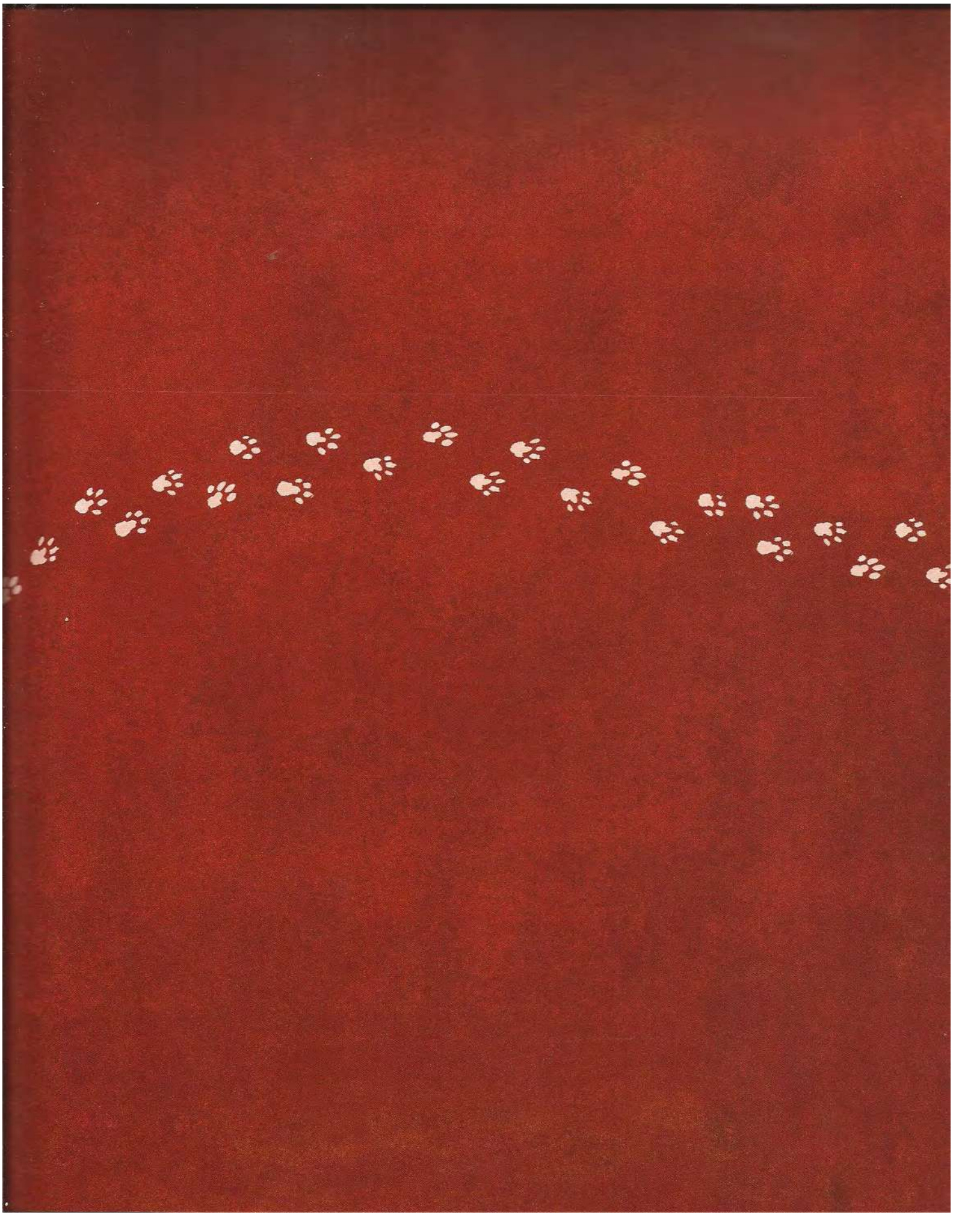
—Yo también, Edward...

Lisbeth rodea con las manos el rostro tembloroso de Edward y deposita en sus labios un tierno beso con sabor a chocolate.


Gretchen
VENEFICARUM


Olga
Elisabeth
Lisa
Malvina
Yama Uba
STIRPIS





Mientras curiosea en el desván de su abuela,
Lisbeth encuentra un misterioso y polvoriento libro mágico.
Al hojear las páginas, descubre que su querida abuela Olga es...
¡una bruja! Y las sorpresas no han hecho más que empezar...

EDELVIVES